

RAFAEL GARCÍA PAVÓN, PhD.
UNIVERSIDAD ANAHUAC NORTE
MÉXICO CITY

DON GIOVANNI, SOPLO DE ETERNIDAD

Abstract

Don Giovanni is one of the Mozart's Opera that was considered by many one of the classic and most important opera because of its eternal singularity. Obviously, the figure of Don Giovanni is not an invention of Mozart, but what Mozart does is give an adequate form of expression: the music. What I want to say, following Kierkegaard's thesis whom made an unique study of this Opera, is that Don Giovanni is the essence of seduction, of desire for desire, the essence of the pure and immediate life and that his essential form is the music and the music is the seduction.

“Don Juan, jubiloso, en su corta tregua, danza sobre el abismo como la piedra que lanzada hábilmente va sesgando la superficie del agua y durante unos instantes es capaz de dar sobre ella una pequeña serie de graciosos brincos, pero que se hunde inmediatamente *que cesa de brincar y se la traga el abismo.*” (Søren Kierkegaard)

Don Giovanni es una de las operas de Mozart que ha sido considerada por muchos como una de las obras clásicas más importantes y mejor logradas¹, incluso se le ha considerado como la clásica dentro de las clásicas, en el sentido de su singularidad eterna. Evidentemente la figura del Don Juan no es invento de Mozart, pero lo que Mozart hace es darle su forma adecuada de expresión, la música. Lo que quiero decir es que siguiendo las tesis de Søren Kierkegaard quien ha hecho un estudio insuperable de la opera², nos dice que el contenido de la opera representado por la figura mítica del Don Juan, como la esencia de la seducción, del deseo por el deseo, de la vida pura y exclusivamente inmediata su forma esencial es la música, es decir la seducción es música, la música es seducción. ¿Y cómo comprender con palabras lo que sólo puede ser entonces experimentado por los sentidos? Es imposible, lo único que pretendo hacer es situarnos en los signos donde la música y el lenguaje se cruzan, por donde se abre una puerta tras la cual podamos adentrarnos y atrevernos, a pesar de nuestros prejuicios, a escuchar la opera de Don Giovanni, y ojalá algún día su música nos convierta en lo mismo que un viejo amigo:

Un loco de atar, que por su culpa ha perdido lo poco de razón que le quedaba y ahora se pasa las horas muertas en una dulce melancolía, tarareando lo que no comprende y deslizándose siempre como un fantasma en torno a aquello en lo que no es capaz de

¹ CFR. Stefan Kunze y Kierkegaard.

² CFR. *Alternativa – Erotismo Musical* y Alfonso López Quintas

introducirse. ¡Oh Mozart inmortal a ti te lo debo todo. A ti te debo el haber perdido la razón. A ti te debo el que mi alma se haya llenado de asombro y que mi esencia íntima se haya sentido escalofríos. A ti te debo el que a lo largo de mi vida no haya tropezado ya más ninguna otra cosa que pudiera conmovirme. A ti te debo eterna gratitud porque no me ha alcanzado la muerte sin haber amado antes, no importando nada que mi amor fuese desgraciado.³

Don Giovanni es una obra que nos presenta la relación entre tres mundos: el temporal humano, el deseo absoluto y la eternidad. Cada uno de estos mundos se relacionan uno a otro a través de la música y de la caracterización que ésta hace de los personajes.

El mundo temporal humano, se representa en las seducidas, Doña Elvira, Doña Anna, Zerlina y en los hombres que se relacionan con las seducidas: Don Ottavio y Masetto. El deseo absoluto es el propio Don Giovanni y la eternidad es el Comendador.

Toda la historia está contenida en la obertura que con su tono tenebroso e incierto de los dos primeros minutos nos pone a la expectativa de un misterioso destino que se presiente en toda la obra, de una historia eterna que está envolviendo todo el desarrollo de la subsecuente acción. Posteriormente vemos como se contradice la eternidad en la música mientras está va aligerándose en la melodía y disminuyendo el tono grave del principio, tomando gran velocidad al final de ésta donde ha desaparecido el estado de ánimo de sublimidad y aparecido la acción en todo su fluir en el tiempo, que no parará en reflexiones, ni en moralizaciones, ni en personas, a través del carácter de Don Giovanni. Esta tensión de la magistral obertura es la tensión en que la obra en su momentos más divertidos nos hace en pequeños instantes volver a sentir, y que se representa con toda su fuerza en el último cuadro del segundo acto, con el comendador.

Hago esta división porque me parece que Don Giovanni no es humano y sin embargo provoca tanto efecto en los seres humanos, D. Giovanni es un carácter, pero no uno más de la gran obra mozartiana, sino que está en todos los personajes, excepto en el comendador, fungiendo como esa fuerza irrefrenable del deseo sensual que no mira a quie, ni cómo, ni porqué sino que se deja ir y se abandona, al ritmo de la música, olvidándose de sus propios compromisos, deberes y relaciones con los demás, D. Giovanni es absoluto e indiferente. Pues su deseo, su acción no tiene límites y la música lo representa muy bien, cuando sus cantos son eufóricos, rápidos y de diversos tonos sincopados, lo quiere todo, no todo el mundo, no todo el dinero, quiere despertar en cada mujer que ve de manera cuantitativa y entre más mejor, el deseo sensual que llevan enmascarado bajo la inocencia, el amor paternal o el amor devoto: Zerlina, Doña Anna y Doña Elvira. D. Giovanni es la pulsión de la vida que es indiferente a la reflexión, al dolor y a la pena, sólo le interesa ser en todo su auténtico deseo. Tan puede matar al Comendador, como seducir a una joven en medio de su boda, como jugar con la devoción de Doña Elvira, como utilizar a Leporello e incluso tan indiferente, absoluto e ingenuo que intenta seducir a la eternidad misma, ni siquiera la puede comprender porque son dos fuerzas encontradas de distinta naturaleza. Si Don Giovanni existiera como tal en el mundo terminaría agotándose en un individuo y dejaría de tener el carácter mítico y universal del cual Mozart le ha impregnado con la música.

La música es en esencia seducción, es ese poder originario de la sensualidad, del deseo, que produce un efecto seductor, es decir, de embellecimiento, de idealización, de desmundanización, de elevación por encima de los caracteres mundanos, pero que sólo es

³ Ibid., p. 96.

momentáneo, como viene desaparece y por ello engaña, pues eleva con pretensiones de eternidad y deshace con la realidad de su momentaneidad.

Esta genialidad sensual que es el Don Juan y que Kierkegaard lo identifica con la música o dialécticamente la genialidad sensual es en esencia musical, el Don Juan es musical, es un principio original de deseo puro que surge de la presencia del espíritu en el mundo, cuya determinación dialéctica es la negación de lo sensual y como tal posiciona a la sensualidad como principio independiente y desplegando toda su fuerza y jovialidad.

Lo interesante del asunto es que no es una seducción en el sentido propio, es decir, de un ser astuto que planea con reflexión y conciencia sus artimañas, sino que más bien la naturaleza de su ser sensual, la naturaleza de la misma música, que es el deseo, tiene un efecto seductor.

Así Kierkegaard no sugiere que para expresar mejor esta idea hay que diferenciar este amor sensual, seductor, del amor psíquico y de la seducción reflexiva o espiritual, indicándonos así las fronteras de la sensualidad estética con la ética, o sea, los dos tipos de seducción, y la esencia de la musicalidad.

El amor psíquico es una sensualidad en armonía con lo anímico, lo que significa que es un amor en esencia fiel y que desea permanecer en el tiempo. El enamoramiento es el comienzo de un amor, este amor a la vez elige en base a las diferencias individuales a quien amar, por lo cual se va desarrollando de acuerdo con las determinaciones no del deseo, sino de la relación y el compromiso establecido entre las personas. Por otro lado, el amor sensual espiritualmente como demoníaco, el de Don Juan, es en esencia pérfido y momentáneo. Porque como su determinación, su fuerza, es el poder de su deseo, el sólo desear para desear más, la sensualidad por la sensualidad misma, no elige el objeto de su amor por las diferencias individuales, es más no le interesa el individuo, le interesa lo general a toda sensualidad, que en el caso de Don Juan, es la femineidad abstracta, desprovista de todo carácter encarnado y defectuoso. Como dice Kierkegaard:

Si Don Juan tomase la palabra en este asunto diría poco más o menos lo siguiente: “¡Ay amigos míos, os equivocáis de medio a medio, porque yo no soy ningún marido que necesite una muchacha excepcional para llegar a ser feliz; Lo que a mí me hace feliz lo tienen todas las muchachas, cualquiera que sea, y es por eso que las tomo a todas” (...) Para Don Juan cualquier muchacha es una muchacha corriente, y cualquier aventura galante es para él una historia de todos los días. (...) Don Juan, no desea lo excepcional sino lo común, lo que cada mujer posee en común con todas las demás mujeres (...) el objeto de sus deseos es la sensualidad y solo la sensualidad.⁴

Es en este sentido una sensualidad que idealiza, porque en cada mujer busca la idea de mujer y no a la mujer concreta. No hay por ello reflexividad, al satisfacer su deseo, el mismo movimiento de lo sensual lo lleva a desear de nuevo y no parar nunca. Por eso es momentáneo, porque en el momento de la conquista ésta se desvanece y ya está pensando en otra mujer, el momento no es así un instante eterno, el momento es desaparición continua, más que posición continua. De tal manera que todos los momentos de su vida son sumas de momentos, o un sólo momento. El momento es aquello que al suceder se desvanece, y se desvanece precisamente porque lo eterno femenino no está contenido totalmente en una mujer concreta, de tal manera que la sensualidad sigue deseando.

Don Juan así es la música misma, porque la propia música se desvanece al igual que el deseo, la tensión de Don Juan entre quedar como individuo y seguir como fuerza, es la

⁴ Kierkegaard, *Erotismo Musical*, pp. 166-167

misma tensión de la vibración musical, que al vibrar se ha hecho individuo, intenta permanecer, pero se va desvaneciendo, para renacer de nuevo en una nueva vibración. Este es el carácter repetitivo de la sensualidad, se recrea una y otra vez, sin parar y siendo en esencia fortuito. Es una repetición que bien sería lo mismo una sola vibración que varias de ellas, en cambio el amor psíquico intenta la continuidad de la primera posición, su repetición es un intento de continuidad, y la de la sensualidad lo es porque en sí misma, no puede dejar de repetirse, es devenir continuo.

Ahora bien, si Don Juan es la música, la música es seductora, pues Don Juan como genio sensual es en esencia seducción. Es seducción en cuanto efecto sobre aquellos en que irradia la fuerza y la energía de su deseo, pero no es seductor en el sentido del origen de su ser, mediado por la reflexión, la conciencia y la palabra.

Don Juan no conoce ni la reflexión, ni la conciencia, ni la mediación, es expresión de la originalidad del ser sensual que es absolutamente estético y por ello sólo puede ser expresado por la música. Es acción una y otra vez, sin ambigüedad y sin dudas, esto es por lo que siempre es triunfante, no en tanto que conquista, sino en tanto que sigue actuando sin conciencia.

El efecto de su deseo como seducción es que ésta eleva a la persona que es tocada por la energía Don juanesca, o por la energía de la música, transformando por unos momentos su existencia deplorable, la vejez por la juventud, la devoción por pasión, la inocencia por deseo, en síntesis, transforma y eleva a la persona al mundo del deseo, el mundo se presenta como deseable pues la persona se siente deseada y aparentemente es una valoración que lo hace reconocerse como tal. El problema es que como es puro deseo, una vez elevada, el deseo desaparece, como la música y desaparece la elevación, cayendo en la conciencia de su momentaneidad, cayendo en la cuenta de su engaño, de su fugacidad y sobre todo, de que la propia persona es culpable del engaño y de la seducción, porque Don Juan ejerce la seducción no por que quiera hacerlo, sino porque es el mismo deseo. Sin deseo no hay movimiento y no hay vida, por eso los personajes del Don Juan, así como nosotros mismos, desearíamos ser seducidos por la música y el Don Juan, aunque con la conciencia de ser desgraciados en el mismo momento del deseo. Lo desearían porque él es todo el deseo, el deseo completo, por lo que es el único que puede llevar nuestra capacidad de desear a alturas insospechadas o incluso las más altas que pudiéramos tener: Más vale un momento de absoluto deseo y entrega, que miles de instantes mediocremente deseados. Más vale una vida con un sólo deseo absoluto, que miles deseos que no llegan a transfigurar a la persona.

Esta es la paradoja de la seducción, y de la música, por un lado elevan a la persona al más lato grado de vitalidad imaginable, y al mismo tiempo los hace los más desgraciados por su carácter fugaz, dejándolos con la conciencia de ser engañados, de autoengañarse y de desear seguir engañados, lo cual refleja a la conciencia de la seducida o seducido, la contradicción de su propio existir y la imposibilidad de su propio repetir. Pues una vez seducida, se vuelve el peor enemigo de Don Juan, porque ya tiene consigo la conciencia del engaño, y Don Juan, o el deseo genial, inmediato y absoluto, no puede desarrollarse en la mediación de la conciencia. Gran paradoja, que la seducción nos da conciencia y a la vez melancolía, fugaz pero con eterno dolor, tal es la afrenta de una vida.

SALTAR SI NO HAY TIEMPO (En cambio, los seres temporales, humanos, viven siempre en la ambigüedad, no tienen en sí mismos ni deseo, ni eternidad absolutas, todos los personajes a excepción de D. Giovanni y el Comendador, son ambiguos, y D. Giovanni es uno de los extremos de sus ambiguas vidas, donde no saben que hacer con ellas y donde el deseo se apodera de sus vidas y de sus voluntades, haciéndolos sufrir, tener penas o vivir dolores no imaginables, pero eso sí, marcándolos para siempre. Doña Elvira es la contradicción en su seno de dos amores diferentes: uno la devoción religiosa por el amado,

donde está dispuesta a abandonarse y a dar la vida por él y el amor pasional despertado por D. Giovanni que le pide venganza, y en parte su venganza se da siendo un obstáculo en su demás conquistas. Ella se debate entre la devoción y la pasión, que se desencadenan en la desesperación del amor, expresándose en el aria *Mi Tradi*, donde los tonos cambian de una manera tan rápida de una escala a otra, dándonos la sensación de una ruptura emocional o de desequilibrio emocional y que en cualquier momento raya la locura, porque ella es incapaz de manejar tanto la devoción como la pasión por D. Giovanni, por eso a pesar de ser engañada, lo ama sin miramientos, la devoción es incondicional. En cambio, Doña Anna, es una mujer de fuerte carácter, dominadora, caprichosa que desea imponer sus condiciones a la acción y esto le sirve como máscara para ocultar su debilidad, que sólo D. Giovanni puede descubrir al seducirla súbitamente, en el silencio y el misterio con que la aborda al principio de la obra, despertando en ella el deseo de fantasía, de ilusión de idealización como mujer que desea ser poseída por la actividad pura, es decir, desarrollar su pasividad en todo su esplendor. Por eso cuando la abandona D. Giovanni, ese deseo se convierte en odio y mira la venganza por cualquier medio, manipulando en sus sentimientos a Don Ottavio. Este a través de D. Anna, es seducido por D. Giovanni indirectamente, es decir, se involucra en la ambigüedad de los espíritus mortales confundiendo el deber con la venganza del capricho de una mujer abandonada que oculta con ello su propia debilidad y su deseo por el mismo D. Giovanni. Don Ottavio parecería que representa el deber, la civilidad, el equilibrio, la reflexión, la racionalidad, pero no es más que la imagen de lo convencional con falta de carácter y que puede ser manipulado por cualquier otra persona cuyos sentimientos y carácter sean más fuertes, de tal manera que el llamado al deber de D. Ottavio, no es más que la expresión de la caprichosa Doña Anna. Ni siquiera me parece que la pena por la muerte de su padre sea sincera, me parece que incluso ahí el deseo que D. Giovanni ha despertado trata de posarse por encima de la muerte y apoderarse incluso de todo deber para con los muertos, D. Giovanni deseterniza la vida humana. Masetto, también vemos la ambigüedad generada por los celos y las sospechas no infundadas, sino confirmadas por D. Giovanni, sobre la naturaleza de una mujer que oculta sus feminidad en una aparente inocencia y dulzura, en este caso Zerlina. Vemos que en un principio Masetto se va a casar con Zerlina, después la odia por celos, seguidamente es vuelto a seducir por Zerlina y finalmente uniendo esfuerzos con D. Ottavio quieren destruir el deseo absoluto que lo sha llevado a la condición de ser manipulados por el mismo D. Giovanni a través de sus mujeres. Finalmente, Zerlina, me parece que es la más débil de las tres mujeres, su aparente inocencia es rápidamente, en el día de su boda, vencida por le deseo de D. Giovanni, podría ser por su aparente juventud, pero eso indica que en parte su ambigüedad está entre contraer el deber del matrimonio y vivir aventuradamente, apasionadamente y que en el momento de casarse no estaba del todo segura de ella. Si en realidad, D. Giovanni es como un desenmascarador de las convenciones sociales a través de ese deseo vital que está inmerso o latente en la misma condición humana cuando se enfrenta con su existencia.)

Aquí hay que observar que D. Giovanni nunca duda, él es deseo total y no ve más, no sabe más ni quiere entender más, por eso son vanos los esfuerzos de su criado Leporello por hacerlo reflexionar sobre la maldad de sus acciones. Éste también es contagiado por su amo, no a través de una mujer, pero sí a través del dinero y los lujos, deseos que Leporello expresa en su primera aria, en el primer acto, de tal manera que él se debate en la ambigüedad de la conciencia de saber los secretos del deseo absoluto, en su amo D. Giovanni, y el deseo vulgar de ser un gentilhomme a través de alcahuetar a D. Giovanni.

Don Juan es absolutamente musical, Don Juan y Don Juan es la nota dominante, la pasión fundamental de todo el drama: la fuerza vital originaria, la furia elemental, la genialidad sensual determinada por el espíritu, no es un carácter es vida en sí misma. Pero

una vida que al ser determinada por el espíritu corre desaforadamente en los placeres y los deseos, sin reparo, ni dudas, pero conteniendo una angustia sustancial. Es decir, el presentimiento siempre presente de que el abismo, la futilidad de esta vida, su instantaneidad y su desaparición irremediable se harán realidad. No es una angustia que provenga de la reflexión de la nada de las posibilidades, sino que es inherente a la misma sensualidad como principio en contradicción con el espíritu, lo cual, por lo mismo, le da su peculiar energía al Don Juan hasta el grado de llegar a las escenas del banquete o de la champaña, donde acorralado por el mundo Don Juan es más fuerte que nunca, y no necesita ya seducir a ninguna, porque goza total y absolutamente de sí mismo, de sus propios deseos, de la fuerza de su fuerza, que se percibe sonoramente con la fuerza y la rapidez, la intrepidez de los violines, que desde la obertura se presentan poco a poco hasta diluir la voz de la seriedad del comendador, en la misma demoníaca jovialidad vital. Por eso la vida de Don Juan es angustia: "No es otra la vida de Don Juan. La angustia le habita, más esta angustia es su energía. La angustia que hay en él no es una angustia subjetivamente reflexiva, sino sustancial. [...] La vida de Don Juan no es desesperación, sino que es la fuerza íntegra de la sensualidad, nacida en medio de la angustia."⁵

Esta pasión vital de Don Juan que es la música misma, es la que ilumina a los demás personajes, que no son caracteres sino pasiones, que como ecos de Don Juan los domina de manera concreta en su propia angustia y en su propia ambigüedad. Lo musical de estos personajes es que son manifestaciones de la misma fuerza de la música que es Don Juan, aunque son individuos concretos el sentido de sus actos en la ópera está totalmente dominado por la pasión donjuanesca, por la transfiguración ideal de la seducción y su poder irresistible, pues despierta los deseos, despierta los ideales, despierta la vida aprisionada de los individuos y les da la ocasión para una experiencia estética de su existencia, la ocasión de vivir con pasión la vida de los sentidos. Doña Elvira por ejemplo, o Leporello, son musicales porque quien habla detrás de ellos o con la máscara de ellos es Don Juan, pero él está oculto, no puede ser visto, sólo escuchado, de ahí que sea una situación sólo musical, si es visto el sentido cambia y la estética también, con lo cual se distorsiona su sentido de fuerza vital. Por ello en las escenas de total lirismo de Don Juan, como la champaña o el banquete, desaparecen las máscaras de esta fuerza y aparece con la máxima exuberancia que le ha sido posible expresar al movimiento de los violines, dándonos a entender no sólo la nota dominante en su estado puro, la música, sino el abismo en el cual flota y remitirnos de nuevo a su angustia original. Esta angustia original de Don Juan es sustancial porque la sensualidad como principio se opone al espíritu, y éste no puede ponerse, sino luchar como una contradicción o apartarse, las posibilidades quedan aún más inciertas que lo que pudieran haber sido. Es angustia porque es una pasión irrefrenable.

Detrás de todo esto hay una profunda ironía, que la tremenda fuerza de Don Juan y su pretensión de ser absoluta, no lo es tanto, cuando enfrenta al comendador, cuya seriedad es extramundana, extrahumana y como espectro es lo único que detiene a Don Juan, esto significa que esa pasión es exclusivamente sensual y su poder se da en la sensualidad y no en lo espectral.

Es el último cuadro del último acto, que en realidad inicia desde el cementerio, donde aparece el tercer mundo que se nos adelantaba en la obertura, la eternidad personificada en una estatua sin deseo, sin acción, grave y profunda, sin temporalidad que abarca toda la escena con sus pocas palabras, contradiciendo a D. Giovanni y tomándolo de la mano le pide que deje de ser deseo, cosa que D. Giovanni si dejará de hacer no sería una leyenda, sería un simple mortal y la condición de los personajes sería una simple broma, este

⁵ Ibidém.

es el momento en que lo que parecía divertido y graciosos, revela su profunda mezquindad, en el sentimiento de lo sublime cuando D. Giovanni no puede hacer nada por zafarse del juicio de la eternidad que lo envuelve, parando la acción, incluso de la música misma.

De tal manera, que D. Giovanni me parece la tragedia del ser musical, del existir como pura vitalidad, como indiferencia y pretensiones de ser absoluto en su ámbito, sin tiempo, porque no mira ni al futuro, ni al pasado, no tiene planes, no tiene remordimientos solo el presente puro que muere tan fugazmente como ha venido al mundo, al igual que una nota musical. La música por ello mismo es en sí seducción, nos eleva, nos aleja de lo mundano, y cuando desaparece hemos quedado engañados puestos de nuevo ante nuestra realidad no transfigurada como la música promete, tal vez por ello es que los jóvenes de hoy no puedan vivir sin música ante un mundo que no les hace deseable la existencia y por ello es un deseo que no puede ser juzgado éticamente como malvado, sino como original despertar del espíritu a través de la sensualidad. Pero que como Don Giovanni se quedan “en un soplo que se precipita raudo en un constante desaparecer.”⁶

⁶ Ibidem 173.